

FLORENCIA



El asno dió un salto de desesperacion y llegó á la orilla...(pag. 38)

20-208.
BIBLIOTECA SELECTA PARA LOS NIÑOS

FLORENCIA

LAS PRUEBAS DE ENRIQUETA

POR

M^{MA} LUISA S.-W. BELLOC

TRADUCCION CASTELLANA DE GARCIA-RAMON

Ilustraciones de G. STAAL

TERCERA EDICION

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

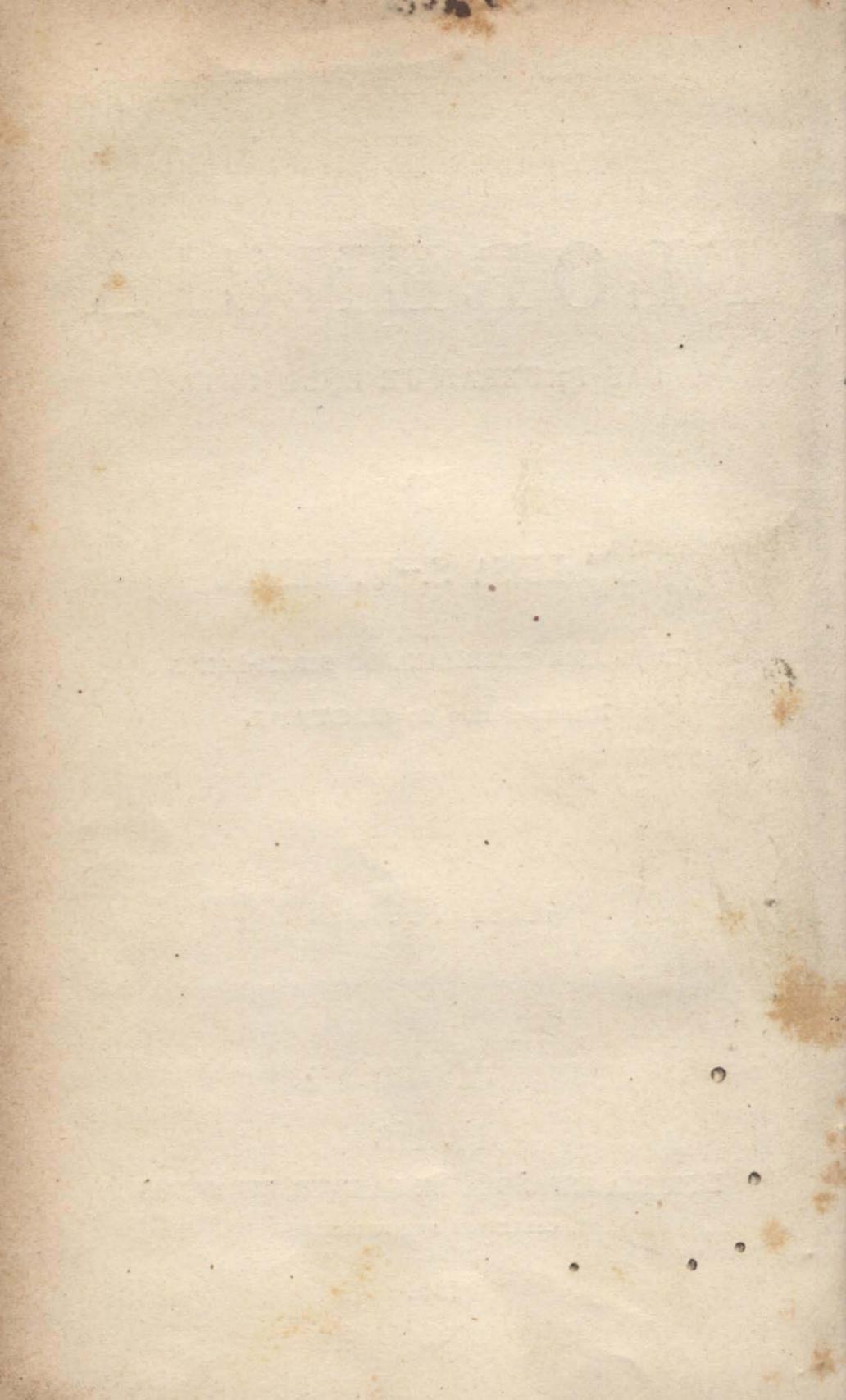
PARÍS

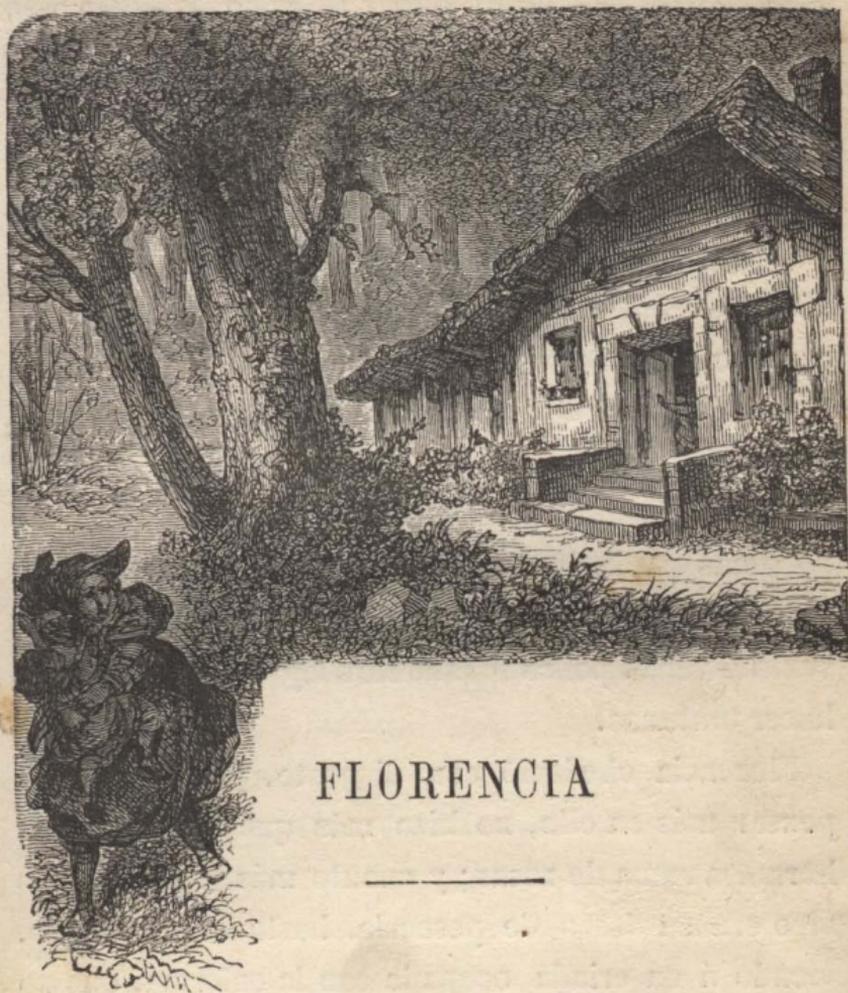
LIBRERÍA ESPAÑOLA DE GARNIER HERMANOS

6, CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6

1891







FLORENCIA

I

LAS ROSAS.

En una hermosa tarde de verano (corria el mes de Julio), madama de Percy habia permitido á sus dos niñas, Florencia y María, que acompañasen á su criada Carlota, que iba á hacer una visita á la madre de

Ana Kowley. La pobre mujer enferma habitaba una pequeña choza, al pié de la colina, á corta distancia de la aldea. La madre selva, subiendo por las paredes, adornaba la casita con sus perfumados ramos, y algunos rosales lindísimos, plantados por Ana delante de la puerta, estaban en flor. Cuando iban á entrar, Florencia fijó la vista en una hermosa rama de rosas y se inclinó para cogerla.

— ¿Qué váis á hacer y en que pensáis, señorita Florencia? dijo la criada. ¿Váis á coger las rosas de Ana? Sabéis muy bien que hace ramilletes para las personas que la dan trabajo; á vos misma os ha dado más de una vez. Vamos, vamos, entremos pronto; venid á ver la pobre mamá Kowley y no penséis en hacer tontunas.

Florencia obedeció con disgusto, y en vez de no pensar más en ello, no hizo más que pensar en la hermosa rama de rosas; y cuanto más pensaba, más vivo era su deseo de poseerla, hasta el punto que, viendo á su criada ocupada con la enferma, que no dejaba el lecho, y á su hermana metida en un rincón jugando con el gato, y sin reparar en nada, Florencia se deslizó con suavidad fuera del cuarto, y con la mano extendida tiraba de la rama de rosas é iba á romperla, cuando oyó á su espalda una voz que decía :

— ¿Os gustan mucho las flores, linda señorita?

Florencia se estremeció, se volvió y vió á su lado una especie de gitana envuelta en una manta encarnada; un tosco sombrero de paja sombreaba su tostado rostro.

— Yo las tengo muchísimo más bellas que esa, dijo la desconocida; venid solamente hasta el ángulo de la casa, ahí cerca, dónde he dejado un cesto con las rosas más lindas que existen en la tierra, y os las daré todas.

Y esto diciendo, la mujer habia cogido á Florencia de la mano y la arrastraba en pos de sí : cuando estuvo á alguna distancia, la agarró de pronto en sus brazos, la cubrió con su manta para sofocar sus gritos, franqueó el cercado que guardaba el campo, y corrió con todas sus fuerzas, llevándose á la pobre niña que se agitaba y hacía vanos esfuerzos por gritar y defenderse.

— ¡ Oh! no me llevéis, ¡ no me llevéis! exclamaba; ¡ criada, criada, socórreme!

Mas ¡ ay! Carlota no podia oirla; y Cabriola, ¿ dónde estaba? ¿ Dó estaba el fiel perrito? ¿ Cómo no oia la voz de su ama? ¡ Ay! Cabriola se habia dejado arrastrar, con bastante dificultad, por M. Percy, que lo habia llevado á la ciudad, aquella misma mañana, para comprarle un collar nuevo y preparar una sorpresa agradable á Florencia.

Durante algunos minutos la gitana siguió corriendo y Florencia gritando.

— Chut!... dijo al fin la mujer, callaos, chillona, ó yo os enseñaré á callar. ¡ No se diria que la matan! Bastante cuidado tendrán de vos á dónde os llevo.

Al decir estas palabras entró en un aprisco en ruinas que parecia completamente abandonado. Un jóven estaba acostado por el suelo, adormilado, en-



cima de un monton de paja; un borriquito estaba atado á su lado; el jóven se despertó, se restregó los ojos al ver entrar á la mujer y se levantó sobresaltado :

— ¡ Ay! madre, ¡ cuánto has tardado! Has tardado tanto que creí no volverías más.

— En efecto, contestó la gitana, he tardado más de lo que pensaba; pero, tambien traigo lo que valia la pena de aguardar.

Y dejó en el suelo á la pobre niña que sollozaba.

— Sabes, añadió dirigiéndose á su hijo, sabes que he prometido á la tia Burton darle á Zillah; pues bien ahora resulta que no hay medio de tener á Zillah. Pero he cogido lo que valdrá tanto sino más; tente pues por dicho, Ralf, si te preguntan, que esta mocosa es Zillah, y que yo soy su tia; ¿oyes bien, renacuajo? Dicho está, y basta.

Ralf comprendia perfectamente; pero, no respondió nada y miró á Florencia con un aire de profunda piedad, mientras que la gitana se apresuraba á desnudar á la niña, y sin cuidarse de sus suspiros y sollozos, la ponía un traje tosco parecido al que ella misma llevaba. Despues de haberle colocado en la cabeza un sombrerillo de paja hecho añicos y haber atado á sus hombros una manta azul, fué á acostarla en un rincon del aprisco en donde Ralf estaba tendido momentos ántes, y habiéndola cubierto con paja la ordenó que durmiese y no la ensordeciese más con sus gritos.

— ¿Oyes, madre, oyes? dijo Ralf. ¿Oyes esa campana?... ¿Qué puede ser?

— ¡Ay! es la campana, la campana de la comida, exclamó Florencia estremeciéndose; por piedad llevadme, ¡llevadme á casa!

— Estáos quieta, tontuela, y ¡qué no os vuelva á oír! dijo la gitana.

Y volviéndose hácia su hijo, añadió :

— ¡ Ahora caigo ! Van á alborotar el cotarro buscando á su joya, su niñita ; tal vez, lo mejor que podemos hacer por ahora es estarnos quietos, y cuando los criados se hayan dispersado corriendo en pós de lo mocosa, buscándola por toda la aldea, nos marcharemos por la montaña ántes de que estén de vuelta.

Miéntas hablaba así, la pobre Florencia, á fuerza de llorar, se habia quedado dormida, y no se despertó hasta mucho despues, al sentirse sentar en un asno y notar que un brazo la cogia por la cintura ; era el brazo de Ralf. Cuando estuvo al aire libre, murmuró en voz baja al oído de la niña :

— ¡ No lloréis más, no lloréis más, por favor, niñita mia ! La madre no os hará daño, pues Ralf no lo sufriria.

La pobre Florencia se sintió un poco tranquilizada por estas palabras afectucsas ; trató de desenvolverse con suavidad de una gran manta, llamada plaid, que sirve á los escoceses para cubrirse y es de lana rayada de vários colores, y por una rendija logró ver que subian la montaña por una senda que no conocia, y notó que la bohemia habia cambiado su gran manta encarnada por una azul.

— Cierra bien la manta sobre sus narices, Ralf, dijo la vieja, no la dejes mirar por dónde vamos, y

si encontramos á alguién, — lo que por este camino no es probable, — me dejarás responder; no abras la boca, y, por tu vida, no la dejes decir una palabra.



Si trata de gritar, pónle una mordaza con el pañuelo que te he dado.

— Ralf no respondió, pero sus ásperas manos acariciaron con dulzura á Florencia y los tres siguieron andando en silencio. Florencia se dormía de nuevo,

cuando fué despertada por una vocecita argentina bien conocida que decia :

— ¡ Ay! criada, vamos de prisa, más de prisa; el sol se ha puesto casi por completo; papá y mamá habrán tomado el té y nos creerán perdidas. Y mi hermana....

Las voces se apagaron y la contestacion no llegó á oídos de Florencia. La pareció que cruzaban el camino á corta distancia, La brisa traía aún algunas palabras, por intervalos; pero, los pasos se alejaron cada vez más, murieron los sonidos, todo calló, todo permaneció en silencio al rededor de la pobre niña : lo que habia oido, la habia quitado las ganas de dormir.

LOS ENCUENTROS.

Siguieron andando y subiendo durante algun tiempo; pero el asno, cuyo paso habian apresurado más que de costumbre, comenzó á detenerlo considerablemente, y acabó por negarse á andar, ni mucho ni poco.

— ¡Maldito animal! exclamó la gitana. ¿Harás siempre de las tuyas? No es posible hacer nada con este burro. Ralf, es preciso hacer lo que quiere; déjémosle descansar un momento. Pero, dime, Ralf, tú que tienes mejor vista que yo, mira allá á lo léjos; ¿qué ves? Me parece un viejo que trota detras de nosotros; oculta bien á la pequeñuela en la manta, ¿oyes? pues por algo se ha metido en la montaña á estas horas ese viejo. Déjame hablarle. Por tu vida y por la de esa llorona, no abráis la boca.

Los pasos se acercaban; el corazón de la pobre Florencia latía á romperse; y cuando oyó la voz bien conocida del jardinero, se estremeció y habría gritado con toda su fuerza si no la hubiese contenido Ralf que, apretando la mano contra la boca de la niña, la impidió formar sonido alguno.

— ¡ Ay ! callaros, murmuró á su oído, callaros, sino queréis que nos maten á los dos. Por favor, por favor, señorita, ¡ no os mováis ! Si os movéis, estamos perdidos.

— Buenas noches, la vieja, dijo Tomás ; ¿ no habéis visto una especie de gitana con una manta encarnada que cruzó la aldea de Malvern hará una hora ? ¡ Oh ! si la habéis visto, decidme pronto por amor del cielo, qué camino ha tomado.

— Dejadme pensar un poco, dijo la gitana, esperad ; he visto precisamente á la mujer que buscáis ; tenía una gran manta encarnada, y en la cabeza un gran sombrero de paja, algo parecido al mio ; llevaba algun niño de pecho, sino me engaño ; á lo ménos el paquete que ocultaba debajo de la manta, lo parecía. Si es esa mujer la que buscáis, hace más de una hora que ha tomado el camino de Gloucester.

— ¡ De Gloucester ! replicó el tío Tomás, dando un profundo suspiro. ¿ Qué hago entónces aquí más que perder tiempo ? Ampáreme Dios, pues se me que-

branta el corazon y no me llevarán mis cansadas piernas.

Florencia habia saltado casi del asno, cuando oyó, por el ruido de los pasos, que el tio Tomás se alejaba.

— ¡ Estáos quieta, muy quieta ! murmuró de nuevo Ralf que la mantenía á la fuerza ; no os mováis, no gritéis, ó mi madre nos matará.

III

LA PLEGARIA.

Habiendo descansado lo bastante todo el mundo, la gitana volvió á ponerse en marcha y siguieron su camino. Se habia levantado la luna y numerosas estrellas lucian en los cielos.

— Ahora puedes quitar el *plaid*, Ralf, dijo la mujer ; deja que la chillona mire lo que quiera ; no estará peor tomando el fresco, y apostaria que no hallaremos ya á nadie, esta noche por lo ménos. Bastante compañía hemos tenido para una vez.

Bajaban en este momento la ladera opuesta de la montaña, y la niña se sintió reanimada por el aire de la noche que soplaba sobre su rostro un frescor agradable ; miró la luna, serena y brillante, que adelantaba con majestad por un cielo de un azul oscuro ; vió las estrellas, pálidas al lado de Diana, asomando

en el horizonte, y su alma infantil se tranquilizó por grados y su juvenil espíritu se elevó y se calmó.

— Sé un himno sobre la luna y las estrellas, dijo, que comienza así :

*« Muestra ¡ oh! noche, á mis fervidos anhelos,
Las páginas del libro de los cielos... »*

¿ Conocéis este himno ? Otros dos versos dicen, pero es en la segunda estrofa :

*A una estrella otra estrella así murmura :
¿ Qué Dios nuestros fulgores asegura ?*

¿ Lo conocéis, es verdad ? Sabéis que es Dios el que ha hecho la luna y las estrellas y todo lo que hay en el mundo ; tambien nos ha hecho á nosotros y nos ve de continuo. Acaso, ¿ lo ignoráis ? Ahora me está viendo, sabe muy bien que me han llevado y que he gritado mucho y que me llevan contra mi voluntad. Mamá me ha dicho muchas veces que Dios ama á los niños buenos y vela por ellos ; pero, no podia amarme cuando yo queria robar las rosas de la pobre Ana. ¡ Oh ! le rezaré tanto, le pediré con tanto deseo que me perdone, que volverá á amarme y me llevará de nuevo al lado de mamá. Vuestra mamá, ¿ os ha enseñado á rezar á Dios ?

Ralf no pudo responder, se enjugó los ojos con el reverso de la mano y suspiró con tristeza.

— ¿Por qué estáis enfadado? preguntó Florencia. Si tenéis penas, escuchadme. Mamá dice que debemos pensar en Dios cuanto estamos tristes, pues nos consuela. Habladme un poco de Dios, os lo suplico, eso me impedirá tener miedo.

— No puedo, no sé, respondió Ralf; no sabría qué decir.

— ¿No sabriais? Acaso, ¿no lo conocéis? Siendo ya grande como sois, ¿nadie os ha contado nada de Dios? Cómo perdonó á sus hijos, que eran malos, y vino á enseñarnos á ser buenos. ¿Nadie os ha dicho nunca eso?

— Sí, respondió Ralf, ha habido un buen hombre que me ha hablado de eso en la cárcel.

— ¡En la cárcel! exclamó Florencia temblando, ¿habéis sido tan perverso, habéis matado, habéis ido á la cárcel porque habíais matado?

— No, contestó Ralf con indignacion, por perverso que me creáis, no he llegado á ese extremo; nunca he quitado la vida á una criatura en el mundo. Yo, ¡matar á álguien! ¿Cómo podéis pensar que tendria ese valor?

— Bien lo he tenido yo, dijo Florencia; una vez, sí, añadió sintiendo que Ralf se estremecia de sorpresa; mucho dolor tuve luego, pero lo he hecho; una vez maté un pollito que estaba en un huevo, pero no lo hice á propósito.

La pobre Florencia quedó muy sorprendida oyendo las risas sofocadas de Ralf, risas que aumentaban á medida que la memoria del jóven vagamundo evocaba el recuerdo de numerosos pollos y gallinas que le habían pasado por las manos ; pues, como decia su madre, para escamotear, matar y pelar la volatería, Ralf no era manco.

— ¿ Es esa la única mala accion que hayáis cometido en vuestra vida ? preguntó al fin y al cabo.

— ¡ Oh ! no, dijo Florencia ; he hecho muchas cosas malas ; á menudo soy caprichosa y voluntariosa, porque el espíritu malo me inspira, con frecuencia, ideas que no son buenas ; ¡ cómo lo ois !

— En verdad, exclamó Ralf, si vuestros semejantes no son buenos, ¡ qué debemos ser, yo y los míos ! Seguramente, no podemos tener que responder de lo que no hemos podido impedir.

— Pero podemos impedirlo, replicó Florencia. Mamá dice que, si oramos á Dios con todo nuestro corazón, su espíritu vendrá en su ayuda y seremos más fuertes que el espíritu malo ; que de nosotros depende el querer, con voluntad, desechar los malos pensamientos, y vendrán los buenos ; haremos el bien, todas nuestras acciones serán honradas y rectas y Dios nos amará.

La gitana, que se habia adelantado un poco, volvió á acercarse miéntras hablaba Florencia.

— ¿ Qué significa todo eso ? dijo con cólera ; qué ideas vais á meter en la cabeza de este chico ? ¡ Calláos, y de prisa ! Es la hora en que las mocosas como vos deben dormir en vez de charlar, y más natural es, en un chico, dormir, que no predicar como un cura. ¡ Eh ! ¿ qué dices, Ralf ? continuó, una ó dos horas de



sueño no nos vendrian mal tampoco. Mis piernas no son tan jóvenes como en otro tiempo, y me siento más cansada que en mi vida lo estuve. He ido al encuentro de la granja en que dormimos la otra noche ; la puerta no está abierta, pero he sacudido la ventana y no tiene hierros conque así puedes subir por ella, descorrer el cerrojo de la puerta, y nos largaremos

mañana temprano ántes que ninguno de esos perezosos haya dado una vuelta en su cama.

En este momento entraban en una aldea ; pero no habia alegres luces que pasasen por los intersticios de las ventanas y las rendijas de las puertas de las chozas, ni un perro que ladrase, ni una voz ni una risa infantil que alegrase los oídos de Florencia, ni un sér humano cuya proteccion pudiese invocar. Todo estaba tranquilo, todo estaba mudo ; padres, madres, hijos, todos dormian en sus buenas camas, miéntras que la niña, objeto de tanto esmero, de tanto amor y de tan vivas inquietudes, erraba en la oscuridad de la noche, léjos de su querida casa, léjos de los que, en aquel mismo instante, deploraban su ausencia con amargas lágrimas y fervientes oraciones.

IV

LA NOCHE.

Se detuvieron delante de la puerta de una casa de piedra, muy baja ; y mientras que Ralf, apeándose del asno, iba á reconocer la ventana, la gitana cogió á Florencia en sus brazos, y la tuvo, más muerta que viva, pues tan luego la niña [se sintió entre las manos de la mala vieja, dió un grito de angustia, al que siguió tan espantoso silencio, que la gitana temió que hubiese perdido el conocimiento.

— Abre la puerta, pronto, exclamó con voz ronca y agitada. Abre, pues, Ralf y tómalala pronto, prosiguió echándole la niña en los brazos ; ¡ tómalala, te digo ! Tú sabes hablar á esta miedosa. Es una gallina, nos cuesta más que vale.

Ralf tomó á Florencia en sus brazos, y llevándola á un rincon de la granja, la colocó con precaucion en

un monton de paja que arregló lo mejor que pudo ; luego cogió sus manos heladas, las restregó con dulzura entre las suyas, suplicó á Florencia que cerrase los ojos y durmiese, y poco á poco, los suspiros convulsivos de la niña se calmaron.

— Sí, dijo ; si queréis quedaros á mi lado, dormiré porque estoy muy cansada. ¡ Oh ! muy cansada ! pero ántes, tengo que levantarme para decir mi oracion.

— No, no, dijo Ralf con voz baja y precipitada, no hagáis eso, la madre nos oiria. Decid vuestras oraciones en voz baja, y si queréis decir una oracion por mí os lo agradeceré mucho.

— Sí quiero, dijo Florencia ; diré á Dios que le doy las gracias por haberos mandado á mi lado y porque sois bueno para mí : le diré que espero que seréis bueno para que os ame, y para que no os metan nunca más en la cárcel.

Florencia comenzó entónces en voz baja su inocente plegaria, y un instante despues estaba profundamente dormida.

— ¿ Qué haces ahora ? dijo con tono brusco la gitana á Ralf que se quitaba la chaqueta. ¿ Dime lo que quieres hacer ?

— Quiero tapar á la muchacha, dijo Ralf ; la pobre niña no está acostumbrada á dormir en una cama semejante.

— ¡ La muchacha, la pobre niña ! murmuró la gi-

tana. ¿ No te he dicho ya, y no quiero tener que repetirlo, que la llames Zillah? ¡ Este tonto pierde la cabeza con esa llorona! Pero toma, añadió tirándole un lio, ahí dentro está mi manta encarnada; es bastante grande para que os tapéis los dos.

Ralf tendió la manta sobre la niña, se acostó á su lado, y pocos minutos despues los tres dormian profundamente.

EL VIAJE.

Alto estaba ya el sol en el horizonte y habían andado varias millas ántes que Florencia se despertara. Su primera sensacion fué la sorpresa : la sorpresa de hallarse sentada en la yerba, con la espalda reclinada en un árbol, recibiendo en el rostro la suave y fresca brisa de la mañana.

— ¡ Carlota ! criada, exclamó ; ¿ en dónde estoy ?...
¡ Oh ! María, háblame !

Sus asustados ojos se fijaron entónces sobre la bohemia, sentada á corta distancia de Ralf, haciendo cocer algun manjar á un fuego de retama que por el suelo había encendido. El pasado y todos sus dolores volvieron al momento al ánimo de la pobre niña ; lanzó un ligero grito y se puso de pié. Ralf estuvo á su lado en ménos que se dice.

— ¡ Sentáos, ovejita mia! dijo con cariñoso acento. ¡ No queréis iros y abandonar á vuestro Ralf que tanto os quiere! Mirad el buen almuerzo que acabo de hacer para vos ; y puso delante de ella una cantarita de leche caliente y un pedazo de pan dorado.

— Mirad, añadió enseñándola su sombrero, mirad los hermosos juncos verdes y las lindas flores que he cogido para haceros una corona.

Ralf se sentó á su lado y puso manos á la obra, miéntras que Florencia, con la dichosa facultad de olvidar que sólo á los niños pertenece, le miraba y sonreía entre sus lágrimas, á medida que el junco se plegaba bajo los dedos del jovencito y se enlazaba con las flores.

Nunca se deseó tanto ni causó tanto placer una corona real. Despues de una corta parada, los viajeros se pusieron en marcha. Sin duda alguna, Ralf y su madre habian dicho algunas palabras sin que las oyese Florencia, pues al levantarla del suelo la gitana para ponerla encima del asno, dijo como contestacion á la mirada suplicante de su hijo :

— No, Ralf, te digo que no, es imposible He pensado en ello muy sériamente, créelo.

He prometido Zillah á la tia Burton, no puedo tener á Zillah y necesito dinero. Conque quitate *eso* de la cabeza, muchacho, y no te hagas mala sangre, pues no hará *eso* ni frio ni calor. Ademas, la peque-

ñuela nõ estará peor ; la cuidarán bien. Vamos, en camino y no me vuelvas á hablar de eso.

Siguieron andando y no se detuvieron hasta la



puesta del sol, en un lugar retirado, en el que se sentaron sobre la tupida yerba, á orillas de un arroyo rápido y profundo que cruzaba el valle. Florencia ayudó á Ralf á recoger las ramas secas y las retamas

en el bosque cercano; luego, cuando hubieron recogido un buen monton, la gitana le pegó fuego y se dispuso á preparar la comida.

— Ralf, dijo, creo que haremos bien de descansar aquí una hora ó dos, pues una vez en el desfiladero, tendremos que seguir la carretera y de dia no nos tendria cuenta. Tan luégo se haya levantado la luna, entraremos en la montaña roqueña, y mañana temprano, estaremos en casa de la tia Burton ántes de que se haya movido un solo de sus vecinos. ¡Eh! ¿no me oyes, Ralf?

— Sí, madre, dijo el jóven, y miró tristemente á Florencia, dando un profundo suspiro; ¡os oi go muy bien!

— Está como loco, murmuró la gitana; y en verdad es una niña lindísima, no hay que negarlo.

— Venid conmigo, dijo Ralf á Florencia, que habia acabado de comer y permanecia perpleja, mirando alternativamente los huesos de pollo en sus rodillas y sus deditos sucios. Venid conmigo allá bajo y os lavaré las manos en el arroyo.

Florencia se levantó muy alegre para seguirlo, y en breve no pensó más que en coger las selváticas flores que crecian á orilla del agua. Cuando hubo llenado su falda, volvió al lado de Ralf y los dos se pusieron á hacer ramilletes. Entre tanto, la gitana, inquieta de su prolongada ausencia y curiosa de saber

lo que se decían, se levantó de al lado del fuego y dando un rodeo para acercarse á ellos, se escurrió detras de un arbusto y escuchó.

— Pero ¿ por qué decir eso ? preguntaba Florencia. ¿ Por qué no os volveré á ver más ? Si me lleváseis al lado de mamá estariais con nosotros y os veria todos los dias. Me gustaria mucho veros todos los dias, pues os quiero mucho.

— ¡ Oh ! no, dijo Ralf con voz triste, no es posible : vuestro papá no querria dejarme á vuestro lado pues no soy bastante bueno.

— Pero, mi papá os enseñaria á ser bueno ; nos enseña á ser buenas á María y á mí ; y mamá tambien nos enseña muchas cosas buenas. Nos hace recitar un evangelio todas las mañanas, y á menudo decimos nuestras oraciones con ella ; y cuando somos buenas nos hace cantar hermosos cánticos. Os enseñaria todo eso.

— ¿ A mí ? dijo Ralf con acento conmovido, ¡ oh ! no, no ; á vos sí ; pero yo soy un pobre chico ignorante que á menudo he obrado mal.

Florencia levantó la cabeza, lo miró, y con su manecita enjugó las lágrimas que se agolpaban á los ojos de Ralf.

— No hay que llorar, dijo, porque eso me atrista. Dios os quiere mucho aunque seais pobre. ¿ No sabéis que dice en los salmos : « El pobre invocará al Señor,

y el Señor lo escuchará y lo libraré de todas sus penas »? También os libraré á vos y cuando vengáis á vivir en casa os enseñaremos esa hermosa oracion y otras muchas más.

— Pero, ¡ mi madre! dijo Ralf, mi pobre madre, no puedo abandonarla.

Florenxia estuvo un momento sin responder; pero viendo una gran emocion en el rostro de Ralf, replicó :

— Estaria tambien con nosotros, si queria prometer no llevarme más. Estoy segura de que mamá la volveria muy buena, pues suplicaria á Dios que la ayudase.

— Temo que no podamos decidirla á venir; tendria mucho miedo de que la metiesen en la cárcel.

— ¿En la cárcel? Y ¿por qué? preguntó Florenxia; ¿por qué la meterian en la cárcel?

— Por haberos robado á vuestros padres.

— ¡ Oh! no, interrumpió Florenxia, no me ha robado. Sólo me dijo : « Venid conmigo, niña, os daré unas flores lindísimas. » Pero no me ha dado ninguna, no tenía rosas. Muy bueno ha sido Dios de no haberla herido de muerte por haber hecho tan fea mentira. Bien sabéis que, en la Biblia, Záfira fué herida de muerte por haber mentido y su marido tambien. Mamá dice siempre, cuando he hecho algo malo : Florenxia, dime la verdad y no me enfadaré, ó me

enfadaré sólo un poquito; pero, si me dices lo que no es, me enfadaré muchísimo; y lo peor es que Dios, que tan grande es, se enfadará también y no te querrá más. ¿Qué dirá vuestra madre, Ralf, cuando vea la mentira que ha echado, escrita en el libro de Dios? No estoy muy segura de que esté escrito en un libro, pero Dios sabe y guarda en su memoria todo cuanto bueno ó malo hacemos, para juzgarnos después de nuestra muerte.

Ralf se estremeció y Florencia prosiguió :

— ¡ Ah! ¡ mirad que cielo más hermoso!

El sol acababa de ponerse y, en el occidente, todo el horizonte parecía un mar de oro y fuego.

— ¡ Mirad que hermoso es! Mamá llama á eso la puesta solar. Tal vez en este momento, María canta el himno de la tarde. — A veces, mamá nos lo hace cantar á esta hora.

— ¿ Queréis cantarlo para que lo oiga? preguntó Ralf.

— Voy á probar, dijo Florencia; y con voz dulce y melodiosa, como la de un pajarito, cantó :

« Padre, que mi padre adora,
A quién de hinojos se nombra,
Y ante quien mi madre implora,
Humillándose en la sombra.

« Diz que el sol que el mundo acata,
De tu fuerza átomo ofrece,
Que cual lámpara de plata

Bajo tus plantas se mece.

« Diz que para distraerte,
Das vida á los pajarillos,
Y un alma para quererte
A los inocentes..... »

Pero de pronto se detuvo y rompió á llorar.

— ¡ Oh ! no puedo cantar más, exclamó, me pone muy triste. Pienso en papá, en mamá, en mi camita blanca y en María.

Florencia no lloraba sola. La gitana estaba violentamente agitada. Pasó rápidamente la mano por sus ojos, se levantó y se alejó del arbusto en que estuviera oculta.

Ralf la vió entre la sombra.

— ¡ Es mi madre ! dijo con alarmado acento. Nos escuchaba.

— ¿ Estará enfadada ? preguntó Florencia, y, convulsa se puso de pié.

En este momento, la gitana llamó : ¡ Ralf, Ralf ! pero el sonido de su voz no parecia irritado.

— No, no tengáis miedo. dijo Ralf, no está enfadada. ¡ Conozco tan bien su voz !

Tomó una mano de Florencia y adelantaron juntos.

— Ralf, dijo, no tenemos para que ponernos en camino hasta que la luna esté del todo fuera, conque, toma mi manta encarnada, y envuelve á la señorita ; la acostarás al pié de este árbol. Un cuarto de hora de reposo no la hará daño, pobre cordero.

— ¡ La señorita ! murmuró Ralf ; ¡ pobre cordero !
y fijó en su madre miradas llenas de interés.

La gitana volvió la cabeza :

— Vamos, has lo que te digo.

Ralf cogió á Florencia de la mano, la llevó hácia el árbol, se sentó á su lado, la envolvió cuidadosamente en la manta de la bohemia, la arregló una almohadita de musgo y la acostó en el cespel. Durante algunos instantes, la niña dejó ver sus rientes ojos por la apertura que le habia dejado para respirar ; le sonrió con afeccion, asegurándole que no se dormia ; pero, sus párpados no tardaron en ponerse pesados y gozó de un dulce y tranquilo sueño, mientras que su amigo Ralf, despues de haberla contemplado un rato con tierno interes, se tendió sobre la yerba y se durmió tambien.

VI

LA TEMPESTAD.

Cuando Florencia se despertó, se halló de nuevo sentada en el asno; los rayos de la luna jugueteaban sobre su rostro y el ruido de las aguas susurraba á sus oídos.

— ¿Qué es eso? preguntó; ¿qué ruido oigo?

— Es el rio, allá abajo, respondió Ralf. Está lleno por la lluvia que ha caído hace dos noches. Nunca lo he oído rugir así. Madre, continuó, ¡con tal que no se haya roto el puente de madera!

— Sino estuviese, dijo la gitana, tendríamos que andar más de lo que he pensado; pero, no han sido tan fuertes las lluvias y las aguas no pueden haberse llevado el puente. ¡Qué calor hace esta noche! ¡Qué tiempo más pesado! Apenas si puedo arrastrar las piernas... nunca me habia parecido tan áspera esta

senda. Aún estamos léjos del puente de madera. Una vez que lo hayamos pasado podremos guarecernos debajo de la roca y descansar un momento, pues tenemos tiempo de sobra.

Adelantaron en silencio. De trecho en trecho la senda se empinaba más y la gitana parecía más cansada cada vez.

— No me gusta que el viento caiga así, de golpe y porrazo, dijo deteniéndose. No se oye moverse una sola hoja. Algo hay en el aire. Dime, Ralf, ¿se ve el puente? De seguro, ahora debemos estar cerca.

— Sí, madre, nos acercamos á la revuelta; desde allí veremos el puente, si es que lo hay, y si esos nubarrones negros se levantan un poco. ¡Mirad, madre, mirad! exclamó. La luna brillaba un momento é iluminaba el ligero puente que parecia un hilo suspendido en el aire, el torrente profundo, las rocas del otro lado; todo fué visible y desapareció de nuevo en la noche.

La obscuridad aumentaba de minuto en minuto y el calor era más sofocante cada vez. Gruesos goterones comenzaron á caer, aumentó el ruido de las aguas; todo anunciaba una próxima tempestad.

— ¡El puente! dijo la gitana; apresurémonos á llegar al puente. No hay tiempo que perder. Una vez que lo hayamos pasado, estaremos á seguro. Se prepara una noche terrible.

Los apremiaba con la voz y el ademán. Pero, el asno, al primer ruido que hicieron sus herraduras en el puente, retrocedió como si hubiese tenido el presentimiento de un peligro. La mujer le tiró por la brida y lo arrastró con sobrehumana fuerza. Pasaron la mitad del puente; de repente, las maderas crugieron, y se tambalearon; un relámpago dejó ver el río mugiente debajo, el trueno resonó con estrepitoso fragor... El asno dió un salto de desesperación y llegó á la otra orilla. Hubo una pausa de un minuto, luego un sonido extraño... una pesada y ruidosa caída... el puente había desaparecido en las agitadas aguas.

Ralf, sabiendo apenas lo que hacía, saltó del borriquito y corrió, con Florencia en los brazos, á buscar un abrigo en la roca cercana. Su madre, que lo había seguido, cayó sin hablar, á su lado. La lluvia caía á torrentes; los truenos, repercutidos por los ecos de las rocas y de las colinas, llenaban el aire con incesante estruendo. El fuego de los relámpagos y una obscuridad impenetrable se seguían con rapidez. A veces, nada podía traspasar la obscuridad de la noche; era imposible distinguir un solo objeto terrestre; un minuto después, todo era rutilante luz en la que los árboles, las colinas, las rocas se dibujaban sobre un cielo rojizo.

La gitana se ocultó el rostro con las manos. Un violento temblor agitaba todos sus miembros.

— ¡Ay! Ralf, dijo, ¡es una sentencia contra mi culpable cabeza! ¿En dónde me ocultaré? ¿En dónde podré meterme para estar segura? ¡Háblame, Ralf, háblame! Dime qué debo hacer en tan tremendo trance.

— Orad á Dios, dijo Florencia en voz baja. Tendrá cuidado de vos, os guardará.

— ¡Orar á Dios! replicó la gitana. ¡Oh! no sabría... no me atrevería... no puedo orar á Dios.

— Yo rezaré por vos, ¿queréis? preguntó Florencia.

— ¡Pobre inocente! repuso la gitana. ¿No sabéis que he sido vuestra mayor enemiga?

— Dios quiere que perdonemos á todos los que nos han hecho mal, y Nuestro Señor Jesucristo oró por nosotros.

La desgraciada mujer se estremeció.

— ¡Calláos! callad, niña, dijo; no habléis de Dios, ni de Jesus; hace mucho tiempo que no he pensado en ellos; tambien me han olvidado. Nunca sus santos nombres han honrado mis labios desde el dia de pecado y desgracia en que abandoné á mi pobre madre para ir á ver mundo y convertirme en lo que soy, una vagamunda sin casa, ni hogar.

— ¿Habéis abandonado á vuestra madre? dijo Florencia; yo no lo habria hecho. Yo no habria dejado á mi querida mamá si no me hubieseis llevado á la

fuerza. Dios no os querrá por haberme llevado así. Pero, si os pesa mucho, mucho, le rezáis con todo vuestro corazón y me volvéis á llevar, tal vez os lo perdonará.

— ¡ Ay! dijo la gitana, ya no puede haber perdón para mí; soy una grandísima pecadora.

— Si mamá estuviese aquí, replicó Florencia, os diría todo esto mucho mejor de lo que yo puedo decirlo. Os diría que Jesucristo vino al mundo para salvarnos á todos y que los más grandes pecadores no tienen más que arrepentirse, creer en Dios, amarlo y rezarle para ser buenos; entónces envía al Espíritu Santo á sus corazones; y cuando mueren, van adonde está Dios y son felices; porque Nuestro Señor Jesucristo sufrió una cruel muerte para que podamos vivir eternamente en el cielo.

La gitana no respondió, pero sus lágrimas cayeron sobre la manita de Florencia que tenía entre las suyas. Ralf sollozaba con fuerza.

Habia pasado la tempestad, no resonaba el trueno, y al cabo de algunos minutos, Florencia, con el cielo azul sobre su cabeza, se durmió con un sueño dulce y reparador.

Los rayos brillantes del sol la despertaron muy de mañana. Levantó la cabeza y vió á la gitana inclinada sobre ella. La expresión huraña de la fisonomía tostada de la mujer parecía dulcificada. Miraba á la niña con

aire triste y sus ojos estaban colorados á fuerza de llorar. Florencia no reparó empero en este cambio y cuando la vió prepararse á tomarla en brazos, volvieron todos sus terrores; se estremeció, cerró los ojos y exclamó :

— ¡ Ay! ¿ Adónde me vais á llevar?

— No tengáis miedo, cordero, dijo la gitana, no tenéis nada que temer de mí. ¿ Adónde os voy á llevar, paloma? Á vuestra casa; sí, os voy á llevar al lado de vuestro papá y de vuestra mamá, y que me suceda lo que Dios quiera.

— ¡ A casa de papá y mamá! exclamó Florencia; ¿ es verdad?

Se arrojó al cuello de la mujer, la abrazó y lloró de alegría.

Ralf, que estaba ya montado en el asno, echó los brazos para recoger á la dichosa niña; y habiéndolo arreglado todo en el acto, tomaron de nuevo el camino de la casa en la que tanta alegría iba á causar, el regreso de Florencia.

VII

LA VUELTA

Entre tanto, la criada Carlota, que habia permanecido al lado de la pobre vieja enferma con María, no habia notado la desaparicion de Florencia. No viéndola en el jardin, pensó que la niña habia tomado sola el camino de la casa, y apresuró el paso con la esperanza de hallarla. Cuando llegó, sofocada, preguntando por la niña, la contestaron que no la habian visto. Fueron al cuarto de los niños, se visitó toda la casa, Florencia no estaba en ninguna parte. En un principio habian creido que la pequeñuela se habia ocultado para sorprenderlos; pero, pasaban las horas, llegaba la noche y no se daba con la señorita.

El padre envió al jardinero de un lado, y él se fue por otro. Despues de haber rezado á Dios con María y haberla acostado, la madre no pudo decidirse á

hacer otro tanto; esperó el regreso de su marido; pasó la noche y comenzaba á amanecer, cuando volvió muy triste y cansado. Los aldeanos le habían dicho que una mujer de mala cara había andado por allí, y que parecía una gitana; iba con un muchacho, pero no habían visto á la niña.

Los pobres padres, cada vez más inquietos, continuaban sus pesquisas sin resultado.

Hacia dos dias que Florencia había desaparecido y la madre seguía esperando; — Dios que ha dicho, « dejad venir á mí á los niños » no abandonará á mi muestra querida hija, decía. Estoy segura de que nos la devolverá.

Nada nuevo ocurrió en el tercer dia. M. Percy había ido á la ciudad vecina para hacer su declaración. Había escrito á varias personas. Había enviado la fotografía de Florencia para que la reconociesen si la niña había sido robada y conducida por saltimbanquis á alguna feria de las cercanías.

Madama de Percy seguía pidiendo á Dios que la devolviese á su hija, pero empalidecía y no probaba bocado.

El cuarto dia, estaba extendida en el sofá cuando oyó ladrar á Cabriola, el perro favorito de Florencia. Entró en el salon y detras venía su amita, temblando y con los ojos arrasados de lágrimas.

— ¡Mamá! mi querida mamá, no lloréis más, soy

yo, vuestra Florencia que no quiere coger rosas sin permiso. No os abandonaré nunca más, ¡ nunca más !

Y la mamá no se cansó de abrazar y besar á la niña.

Florencia contó sus aventuras; dijo cuánto miedo



habia tenido, y cómo Ralf y la gitana la habian cuidado y resuelto llevarla á sus padres. Suplicó encarecidamente que no los castigasen. El padre y la madre, que sabian perdonar las ofensas decidieron que, en vez de castigarlos, les ayudarian á ganar

honradamente su vida y á ser buenos cristianos.

Así terminó lo que la niña había comenzado. Ralf, se hizo un buen trabajador, encontró cuanto trabajo quiso, y el ejemplo del hijo corrigió tan bien á la madre que, quince años despues, la citaban como un modelo en la aldea.





LAS PRUEBAS DE ENRIQUETA

En una hermosa tarde de verano, un alegre grupo de niñas se divertía en el verde césped que se extendía delante de la casa de campo del padre de una de las niñas dónde las mayorcitas jugaban al volante,

miéntras que las más jóvenes seguian con la vista los hazares del juego, ansiosas de saber cuál de ellas quedaria victoriosa.

El volante era lanzado, recibido y vuelto á lanzar, sin caer al suelo, con una habilidad notable por la octogésima sexta vez.

— ¡Cuidado, María!

— ¡Cuidado, Enriqueta! gritaban de vez en cuando las espectadoras, á medida que los brazos de las dos competidoras se cansaban más y sus ojos tenian ménos acertada puntería.

— Desearia saber cuál de las dos ganará, dijo una niña á su compañera.

— Espero que será María de Granson.

— No lo creo, replicó la otra niña.

— María se cansa siempre á ese juego más pronto que Enriqueta.

— ¿Por qué esperas que María ganará, Lucia?

— ¡Ah! respondió Lucia, porque quiero más á María. ¡Es tan buena!

— Enriqueta es buena tan bien algunas veces, dijo Emma.

— Sí, algunas veces. Pero María es buena siempre.

En su ardor por el éxito de María, Lucia saltaba, corria, se agitaba, acercándose cada vez más á las jugadoras, tanto que tocó el codo de María precisamente en el momento en que, con un poderoso golpe

de raqueta iba á lanzar el volante por la centésima vez ; cayó á sus piés.

— ¡Insoportable criatura! exclamó Enriqueta, volviéndose con enojo hácia Lucía; habéis venido á echar á perder nuestra partida precisamente en el momento más interesante. ¿No podiais saltar más allá ó estaros quieta?

— Me entristece mucho haberos hecho perder la partida, María, ¡oh! muchísimo, dijo Lucía, mirando á María con los ojos henchidos de lágrimas.

— No es una gran desgracia, replicó María con dulzura; estoy casi segura que la habria dejado caer cien veces, anuque no me hubieses empujado, Lucía; ¡tenía el brazo tan cansado!

— Pues bien, los míos no lo están ni por asomo, exclamó Enriqueta con aire de triunfo. Estoy dispuesta á empezar de nuevo; vamos, María, ¡otra partida!

— Tal vez una de estas señoritas desea jugar también, dijo María dirigiéndose á las jóvenes colocadas á su alrededor.

— Entónces, á vos, Elisabeta; venid aquí y despachad, pues espero venceros á todas, una en pos de otra, dijo Enriqueta alegremente. Ahora, retroceded,... ¡atras las pequeñas! no vengáis á turbar el juego como habéis hecho ahora.

Al sonido de esta voz imperiosa, las más jovencitas se retiraron apresuradamente.

— No tengáis cuidado, Enriqueta. Nadie tiene deseos de permanecer cerca de Vos, dijo Lucía. La palabra vos y el énfasis con que fué pronunciada hicieron que la sangre afluyese á las mejillas de Enriqueta; se puso carmesí y palabras duras iban á brotar de sus labios, cuando Lucía se distrajo dando oídos á María que la proponía de teger una guirnalda de margáritas que fuese desde el acacia plantado delante de la ventana del salon hasta la magnolia, en el lado opuesto del césped. Lucía aceptó con un grito de júbilo y corrió á llenar su falda con una cosecha de margaritas que trajo en breve y vertió sobre las rodillas de María, sentada en la yerba.

Enriqueta siguió jugando al volante, pero sin gusto, pues estaba de mal humor contra Lucía, contra ella misma, y contra su rival. En un principio, Elisabeta se habia puesto muy cerca de ella, luego muy léjos; luego tuvo la culpa el sol que la daba de lleno en los ojos y la deslumbraba hasta el punto de no poder ver lo que hacía. Elisabeta retrocedió, adelantó, cambió de sitio; no habia medio. Los murmullos de Enriqueta siguieron hasta que cansó á sus compañeras. Se negaron á jugar más tiempo con una persona que exigia tanta amabilidad de los otros y que, en cambio, no tenía ninguna.

— Además, Enriqueta, dijeron, hace muchísimo tiempo que tenéis embargadas las raquetas. Hay otras

niñas que jugarían á gusto. No pensáis en eso. ¡ Nunca pensáis en los otros!

— ¡ Ah ! ¿ no pienso nunca en los demás, señorita



Elisabeta ? dijo Enriqueta con despecho y colorada de indignacion. A fe mia me dáis buena fama. Pues bien, haré al o que estoy segura os agradará á todas;

me iré, ya que tan desagradable es soy. No cabe duda que podréis pasaros de mí.

Y esto diciendo, Enriqueta tiró las raquetas y el volante al suelo, con desprecio marcado y se alejó con la dignidad afectada de una niña enfadada. Pero, con grande mortificación de su ánimo, no tardó en notar que sus compañeras eran de su parecer y estaban muy bien sin ella. El sonido alegre de sus vocecitas, sus ruidosas carcajadas llegaban á sus oídos al traves de los floridos arbustos que rodeaban el césped, separándolo de una ancha avenida enarenada, que Enriqueta recorrió várias veces, de arriba abajo, en la soledad á la que se habia condenado por orgullo y por capricho.

— No volveré hasta que me lo pidan, se dijo Enriqueta, y acabarán por hacerlo, que las guste ó no, pues estoy segura que les haré falta.

No se equivocaba del todo. No tardaron en tener *necesidad* de ella y de su ayuda, pero no fueron á buscarla. Enriqueta era la más hábil para inventar, la más diestra para poner en ejecucion divertidísimos juegos. Además de estos talentos de adorno, Enriqueta poseia várias calidades buenas; era sensible, generosa, sincera. ¿Qué le faltaba para ser una compañera amable? Una sola cosa, pero una cosa sin la que los talentos todos, todas las buenas calidades del mundo no lograrían obtenernos el afecto y la benevolencia de los otros; le faltaba un buen carácter.

Enriqueta habria hecho mucho por los que amaba; de buena gana los habria ayudado á salir de algun mal paso, sea en el estudio, sea en el juego; estaba dispuesta á explicar los pasajes más oscuros de la gramática, á tocar la pieza musical más difícil y su coleccion de juguetes estaba siempre á la disposicion de sus amigas; pero, á pesar de esta solicitud en prestar servicio, Enriqueta no podia conquistar ni conservar el cariño de nadie. Cedia de continuo á la necesidad de decir algo desagradable; dominada por la irritacion del momento, dejaba brotar un sarcasmo ó una palabra impaciente que iba más allá de su pensamiento y que no habria dicho á sangre fria. Cinco minutos despues, lo habia olvidado; ó si se acordaba, se excusaba al instante para sí misma pensando que, si era un poco viva de genio, todo el mundo sabia que, en el fondo, tenía *buen corazon*.

La costumbre de creer que un buen corazon es una excusa para el mal carácter, era en Enriqueta el resultado de las reflexiones de una señora á cuyo lado habia estado mucho tiempo, durante una larga ausencia de su madre. Estas dos ideas se habian confundido de tal modo en el ánimo de Enriqueta, que corria gran peligro de creer que, al cabo, poco importaba tener un mal carácter, con tal que se tuviese un buen corazon. Muy felizmente para ella, el regreso de su madre la preservó de una equivocacion que

habria podido hacerla desgraciada toda la vida.

Enriqueta siguió recorriendo bastante tiempo, y con impaciencia, la avenida enarenada, prestando aten-



cion á las voces de sus compañeras, deseando ardientemente hallarse entre ellas, pero no pudiendo ni queriendo vencerse hasta el punto de ir á reunirse con

ellas sin que se lo suplicasen, ó hubiese un convite positivo que ahorrarse á su orgullo la confesion de sus faltas, aunque las reconociese su buen sentido y la impulsase, por lo bajo, á repararlas.

Por otra parte, sus amigas no estaban dispuestas á dar semejante paso. Cierto es que las faltaba, como tomando una parte útil y activa en sus diversiones; pero, tambien estaban libres de una persona caprichosa, que se irritaba con la más mínima contrariedad, y que no queria permitir á las otras que se divirtiesen más que á su antojo.

Poco á poco, se debilitó el ruido de las voces y sólo se oyó á intervalos y á distancia. El césped, las raquetas y las guirnaldas de margaritas habian sido abandonadas para jugar al esconder. Enriqueta oyo las ruidosas exclamaciones que anunciaban la persecucion, los triunfos del éxito, á los que se mezclaban las risas de las cautivas que arrastraban, con toda clase de luchas, de sus oscuros escondites para sacarlas á la luz del día; oyó y escuchó hasta que su orgullo se derritió á estos alegres rayos de juego. La soledad y el abandono son excelentes remedios contra el mal humor. Enriqueta acababa de abrirse paso por entre unas lilas y adelantaba con arrogancia hácia la turba bulliciosa, cuando Lucía estuvo á punto de hacerla tocar retirada.

— Eh! Enriqueta vuelve, exclamó la niña.

¡Habria apostado que se cansaria de estar sola!

Enriqueta iba á castigarse por segunda vez con un nuevo acceso de mal humor cuando, muy felizmente para ella, llegó María de Granson; María, que amaba



la paz, la llevaba con ella por doquiera. Sin poseer la mitad de los talentos de Enriqueta, era siempre querida por cuantos la conocian, porque siempre era amable y dulce, siempre estaba dispuesta á ceder en todo,

cuando no se oponia el deber. María se mostró tan contenta de verla, desplegó tanto corazon y buen deseo en reconciliar á Enriqueta con sus compañeras, que no fué posible resistir á sus benévolos esfuerzos. Pasó pues, la tarde del modo más placentero y parecia deber terminar en completa armonía, cuando una desgraciada equivocacion rompió un baile de lanceros y dió de nuevo al traste con el buen humor que Enriqueta habia adquirido tan poco hacía.

— ¡ Ah! segura estaba. Sabía que sucederia si se permitia á estas tontuelas el bailar con nosotras, exclamó Enriqueta, elevando la voz y sonrojándose de impaciencia. En mi vida he visto una cosa más estúpida. ¿ No sabéis distinguir vuestra mano derecha de vuestra mano izquierda, ignorante? añadió volviéndose con cólera hácia Lucía.

— Seguramente que sí, dijo Lucía. Me he equivocado, pero todo el mundo puede equivocarse una vez, Enriqueta ; y no hay razon para que os incomodéis tanto y me llaméis ignorante. Apostaria que habéis echado á perder más de una contradanza y cometido más de una equivocacion cuando erais tan pequeña como yo.

— No tan ridícula, en todo caso. Nunca he tomado la mano derecha por la mano izquierda, y de haberlo hecho y no haberlas sabido distinguir una de otra, me habria quedado sentada en mi sitio sin ir á embrollarlo

todo. Es mucho, que una sola persona venga á interrumpir el placer de siete.

— Soy de ese parecer, Enriqueta, y por consiguiente os aconsejo que vayáis á sentaros, dijo una voz grave á espaldas de la jóven.

Era su madre que habia entrado en el momento en que hablaba tan fuerte.

— En verdad, se ha necesitado una gran equivocacion para causar tal alboroto. ¿Qué era ello, Enriqueta ?

— ¡Oh! nada, señora, es decir, nada de particular, dijo Lucía apiadándose de la con fusione de Enriqueta. Empecemos la figura y no me equivocaré más.

— Preferiria no bailar más, ántes que aceptar, dijo Enriqueta tomando su dignidad afectada.

— Yo tambien preferiria que no bailaseis mientras tenéis ese humor, le dijo su madre en voz baja; pero, como retirándoos privariais á las otras de un placer, os aconsejo que continuéis.

Enriqueta, viendo que su madre estaba descontenta, no se atrevió á hacer una nueva objecion. Hizo, en verdad, lo que la pedian, pero con tan poca gracia, que no hubo una sola de sus compañeras que no viese llegar con alegría interior el momento de la separacion. La misma María la dijo adios con más frialdad que de costumbre, y lágrimas de dolor y humillacion rodaron rápidamente por las mejillas de la niña,

cuando pensó en el ardor con que habia deseado aquel dia y comparó sus sentimientos actuales con los de la mañana.



Cosa triste era tener el convencimiento de su propia tontuna; pero, tener que confesarla á los otros era todavía peor. « Y tendré que hablar, se decia. pues tan luego vea á Eduardo, no dejará de pregun-

tarme si me he divertido bien, si he pasado un dia agradable; y, si digo que no, querrá saber el por qué, y entónces tendré que convenir delante de Ana y delante de Luisa en que he estado de mal humor. »

Estas ideas poco consoladoras se agolpaban al ánimo de Enriqueta al siguiente dia miéntras bajaba lentamente la escalera; y cuando entró en el comedor donde comian su madre y sus hermanos, su paso era tan distinto que de costumbre, que Anita, abandonando la defensa de su taza de leche contra el gato que pugnaba por meter en ella su cabeza y su lengua, se apresuró á preguntar á su hermana si no estaba buena. Eduardo dejó en el plato, sin haberlo probado, un pedazo de torta de miel, y rompió á reir viendo la actitud doliente de Enriqueta y su aire preocupado.

— ¡Eh! mi querida Enriqueta, dijo ; ¿has dejado la alegría en tu cuarto con tu gorro de dormir? parece que andas durmiendo ; ¿qué te ha sucedido?

— Nada, dijo Enriqueta picada.

Y ocupando su sitio de costumbre, al lado de Eduardo, volvió su silla de modo que este no viese más que su hombro.

— ¡Ah! ¿qué significa todo esto? exclamó el hombrecito. ¿Por qué estoy condenado á ver un hombre en vez de una cara? No es que me disguste verte el talle cuando te pones derecha y estás bien vestida ;

pero, prefiero tu rostro pues siempre tiene algo que enseñarme; cuando la lengua calla, la fisonomía habla. Vamos, deja que te mire cara á cara, Enriqueta, añadió, tratando de ver el gesto que ponía su hermana.

— Sospecho que porque su rostro habla muy claramente, trata hoy de ocultarlo Enriqueta, dijo su madre.

Al oír esta observación, las lágrimas que se habían agolpado á los ojos de Enriqueta desde su entrada en el cuarto, comenzaron á caer con rapidez en su plato.

— Mi buena Enriqueta, dijo al momento su hermano cambiando de tono, si he dicho algo que te haya entristecido, perdóname, pues sólo quería bromear. Dáme un apretón de manos y cuéntenos lo que ha pasado en vuestra partida de recreo en casa de María de Granson.

Enriqueta dió la mano á su hermano; pero, al oír hablar de « ¡ partida de recreo » sus lágrimas volvieron á correr á lo largo de sus frescas y sonrosadas mejillas, que sonrojaba la emoción interior.

— ¡ Cómo! ¿ He dicho ó hecho aún alguna tontería? ¡ Ah! ya caigo. Alguna señorita habrá tenido la ocurrencia de mirar á su hombro izquierdo cuando debía mirar al derecho y Enriqueta se lo habrá hecho notar con alguna viveza. ¿ Es verdad qué es eso? Y ahora estás incomodada, tienes vergüenza por tu lige-

reza en censurar las faltas ajenas. ¿Es verdad, Enriqueta?

La conjetura de Eduardo se aproximaba tanto á la verdad que Enriqueta tuvo dificultad en no sonreirse, á pesar de la contrariedad que semejante penetracion le inspiraba; pero, cuando su hermano continuó exhortándola á no entristecerse, á olvidar sus vivezas y movimientos bruscos, que bien sabria reprimir en otra ocasion, su madre intervino.

— Mi querido Eduardo, dijo, das á tu hermana, aunque con la más sana intencion, el peor consejo que puedas darle; evitar el pensar en sus defectos no es buen medio para corregirse de ellos; verlos en su fealdad natural es el camino que conduce á aborrecerlos; al contrario de lo que dices, Enriqueta debe seguir reflexionando cómo es que, ella, tan bien dispuesta siempre, pueda afligir tan á menudo á los que la aman, por falta de imperio sobre sí misma.

— En verdad que no lo sé, mamá, dijo Enriqueta dando un profundo suspiro; nadie siente más que yo el haber obrado mal, nadie experimenta más pena; aún cediendo á mis defectos siento que haga mal y me apeno. ¡Oh! desearia tanto poder dominar mi impaciencia.

— ¿Lo deseas positivamente? preguntó su madre.

— ¡Ay! mamá ¿cómo podéis hacerme esa pregunta? Seguramente, quiero dominar mis defectos.

Acaso, ¿no tiene todo el mundo el deseo que yo siento de corregirme?

— Sin duda alguna,... á condicion de corregirse sintrabajo; no todo el mundo es sincero en ese deseo, pues de serlo, cada uno buscaria los medios de obtener ese resultado.

— ¿Y qué medios son esos, mamá? Si queréis decírmelos, yo los pondré en ejecucion... es decir, trataré de ejecutarlos.

— Querida mia, los medios son tan sencillos, tan evidentes, que no tienes necesidad de mi ayuda para dar con ellos.

— Podria contenerme cuando siento la comezon de decir una impertinencia; ó bien callarme hasta que pudiese obtener de mí el responder con más dulzura, ó bien podria...

— No busques más, hermanita, interrumpió Eduardo, pues no hallarias mejor remedio aunque los estuvieses inventando hasta mañana.

— Sí, pero es que no es fácil tener la lengua cuando se está encolerizada, dijo Enriqueta. Os aseguro, mamá, que lo he probado algunas veces sin poder conseguirlo nunca.

— Sé que no es fácil, dijo su madre, y lo sé por experiencia.

— ¡Por experiencia, vos, mamá; exclamaron á una todos los hermanos. Bromeáis de seguro; nadie os

ha visto nunca mal encarada, nadie os ha oído dar malas contestaciones.

— No os ha sucedido á vosotros, á lo ménos así lo espero, replicó la madre sonriendo; pero, cuando tenía la edad de Enriqueta, me dejaba arrastrar, casi tan á menudo como ella, á responder con mal humor.

— En ese caso, mamá, os suplico nos digáis cómo habéis hecho para corregiros tan por completo, replicó Enriqueta. Tal vez lo conseguiria yo por los mismos medios.

— Creo que he debido en gran parte mi curacion á las numerosas mortificaciones que me atraia mi poco sufrido genio. No pude soportar el verme convertida en objeto de aversion para los que me rodeaban. Una circunstancia que ocurrió el mismo dia en que cumplia tu edad, Enriqueta, causó en mí tan profunda impresion que, desde aquel instante decidí corregirme y me puse sériamente á la obra.

— Y ¿qué circunstancia era esa, mamá. ¿Es un sucedido?... ¿Queréis contárnoslo? exclamaron á un tiempo las dos niñas menores.

— No es un cuento; conque así, Ana, no te dispongas á oír cosas extraordinarias, dijo la madre riendo. Sabréis cuanto tengo que decir y no será largo. Vuestros abuelos, es decir, mis padres, se preparaban á ir á pasar las vacaciones al campo, á casa de una señora que creia yo me consideraba mucho; contaba

pues ser convidada, tanto más cuanto que, dos de mis primas, de ménos edad que yo, debian hallarse allí. Se esperaba á várias personas, entre ellas un viajero célebre que habia visitado muchos países y visto infinidad de cosas nuevas y singulares, áun para personas de mayor edad é instruccion que yo. Habia oido decir que este sabio era amable en particular con los niños y era para mí una fiesta recoger de sus labios mucha distraccion y mucha instruccion.

« Imaginaréis pues fácilmente cuál fué mi contradiccion al saber que debia quedarme en casa, y mi vergüenza fue mayor aún cuando mi madre me dijo la razon por la que no me llevaban. Su amiga tenía una familia crecida, y yo manifestaba tal impaciencia á la más mínima contradiccion, tan poco imperio sobre mí misma, tan poco deseo de corregirme, que mi ejemplo podia ser peligroso para los otros niños; mi madre temia tambien desagradar á sus amigos, llevándoles un niña desabrida y caprichosa; me lo dijo con pesar.

— ¡ Pobre mamá exclamó Enriqueta. Y ¿ qué hicisteis, qué contestasteis

— Nada, pues veia la plena exactitud de la reprimenda. Pero, cuando mi madre se hubo marchado, hice lo que supongo harian muchas niñas de diez años en la misma ocasion : me senté y lloré con toda el alma.

— ¡ Pobre mamá ! repitieron los tres niños. ¿ Y luego ?... preguntaron acercándose á ella.

— Luego, respondió su madre sonriendo, lloré



más hasta que hube agotado todas mis lágrimas ; entonces se me ocurrió que llorar no me era de utilidad alguna, mientras que podía evitarme en lo sucesivo semejante desgracia, y no dar á mi madre el disgusto

de castigarme, si me ponía en guardia contra mí misma y tomaba el partido de callarme óirme tan luego me sintiese dispuesta á disputar por futilidades, responder con sequedad, como decís vosotros.

— Decidnos ahora, si lo tenéis á bien mamá, cuál fué vuestra primera prueba y cómo ganásteis la victoria, dijo Enriqueta, que escuchaba con el más vivo interes el relato de su madre.

— Mi primera prueba tuvo lugar, si bien recuerdo, una média hora despues de la partida de mis padres.



Tenia que arreglar uno de mis trajes ; y mientras subí á buscarlo, mi hermanito William abrió mi caja de labor y sacó un ovillo de algodón para hacer jugar al gatito. Cuando baje, estaban los dos á lo mejor de su diversion el gato habia desenredado el ovillo y el

algodon estaba enganchado á las patas de la mesa y de todas las sillas de la habitacion, y William habia cogido los alfileres del acerico y los habia clavado en el sofá.

— ¡ Qué insufribles ! exclamó Enriqueta, con los ojos chispeantes y las mejillas encendidas. Yo habria...

Recordó de pronto su resolucion y se detuvo ; su madre se sonrió y Eduardo y sus hermanas se rieron abiertamente.

— Habrias estado muy irritada, lo apostaria, como lo estuve yo. Experimenté un vivísimo deseo de reñir á mi hermano y dar un torniscon al Miso ; pero, puedo decir, en mi elogio, que no pasé del deseo. Conseguí una victoria completa sobre mí misma, no sobre los otros ; me contenté con echar al gatito fuera del cuarto ; en cuanto á William, era muy jóven para comprender que no debia divertirse con mi almohadilla como con su pelota. Quité, pues, con cuidado, todos los alfileres clavados en el sofá, poniéndolos uno á uno en el acerico, y desde entónces no olvidé de cerrar la almohadilla con llave cuando dejaba á William solo en el cuarto.

— Seguramente, valia mucho más que encolezarse ; pero, el mal está en que no pienso nunca en los otros medios más que cuando es tarde, y que no puedo recoger lo que he dicho, por mucho que lo sienta.

— Pero, puedes evitar caer en la misma falta otra vez.

— Sí, señora, dijo Enriqueta con titubeo, pero... Y se detuvo largo tiempo en este *pero*.

— ¿Pero qué? preguntó su madre, despues de esperar en vano, lo siguiente de la frase.

— Iba á decir algo, mamá, pero temo que os parezca muy tonto.

— Dilo y luego veremos.

— Iba á decir,... queria preguntaros si.. si el carácter tenía tan grande importancia... cuando... cuando se tiene un buen corazon.

— No quiero armar una discusion sobre las palabras, querida; porque, como creo que no sabes tú misma claramente lo que quieres decir, no es sorprendente que tus expresiones sean vagas. Antes de responder á tu pregunta, quisiera saber lo que tú entiendes por un *buen corazon*.

— ¡ Oh! mamá, estoy segura de que sabéis perfectamente lo que quiero decir. ¿ No habéis oido decir con frecuencia, hablando de otras personas, que tenían un buen corazon aunque no tuviesen muy buen carácter?

— Sí, várias veces he oido decir eso, por personas que hablaban sin reflexionar, pues de lo contrario no habrian afirmado semejante cosa. Si por buen corazon entiendes la afeccion, la amabilidad y bondad

hacia los otros, el deseo de serles útil y hacerlo dichosos, convendrás en que los movimientos bruscos, las palabras ágrias y las despreciativas miradas, son medios singulares para conseguir el objeto.

Enriqueta guardó silencio algunos minutos, preocupada con lo que su madre acababa de decir.

Pero, mamá, replicó al fin, creo... ¿no creéis que las personas que no tienen un buen carácter pueden, á pesar de eso, estar dispuestas á prestar grandes servicios á sus amigos ?

— Supongo que, por grandes servicios, entiendes el ayudar á los amigos en algun grave peligro, ó en alguna terrible calamidad ; pero, recuerda, querida mia que, durante tu vida, puedes tener sólo una vez que hacer grandes sacrificios, dar pruebas de abnegacion infinita ; áun puede suceder que no te se presente esa ocasion, miétras que diariamente y casi á todas horas, puedes prestar favores de poca importancia, dar muestras de dulzura y complacencia. Y, si no eres servicial en las cosas insignificantes que de ti dependen, ¿ cómo quieres que crea que lo serás en las grandes ?

— No puedo creer semejante cosa, dijo Eduardo, y pienso que nadie lo creeria tampoco. Supongamos, pongo por caso, que papá hubiese dicho al buen hombre que cayó el otro dia en el cenagal del pantano : « Amigo mio, no es necesario que me detenga

para sacaros de ese agujero ; si hubieseis caído en el río y tuvieseis agua por encima de la cabeza, bueno y santo, os pescaría con el mayor gusto. ¿ Qué piensas que habría dicho el hombre ?



— En su lugar, habría dicho, de seguro : « Comenzad por sacarme del pantano y tendré buen cuidado de no caerme en el *Río*, » replicó Enriqueta.

— En efecto, es probable que sería la contestacion de muchas personas, dijo la madre ; y ahora, queridos hijos míos, si habéis acabado de almorzar, os aconsejo que os pongáis á trabajar ; bastante hémos hablado sobre el particular.

Las observaciones de su madre produjeron en Enriqueta una gran impresion, pues, aunque impaciente é irritable, no era testaruda. Pero, exhaló un suspiro de desaliento, recordando cuántas veces habia resuelto corregirse de sus impacencias y de la poca duracion y por consiguiente el poco resultado efectivo que habian tenido sus determinaciones.

« El año pasado, pensaba, cuando hice llorar tanto á mi hermanita Ana por haber dejado abierta la puerta de la jaula de mi pájaro, y hice que, con su llanto, se despertará mi hermano Eduardo que entonces estaba enfermo, me prometí no encolerizarme más ; y sin embargo, aunque tenga un año más no por eso soy mejor ; aún creo que me he vuelto peor. Sin embargo, quiero probar ; recuerdo que la primera vez que me puse á dibujar el gran roble que hay en la punta sud del jardin, tiré el lápiz por tierra y me dije que nunca podria copiarlo ; pero, mamá me aseguró que podria hacerlo si perseveraba, comencé de nuevo y acabé por dibujarlo... y aún muy bien... segun dice mamá. »

Poseida de las mejores intenciones, Enriqueta se

levantó para ir á regar sus flores : ¡ Ay ! se le habian anticipado, y el carácter de Enriqueta sufrió la primera prueba más pronto de lo que esperaba. Lo pri-



mero que vió fué á su hermana Ana, niña de cuatro años, muy ocupada en plantar en un tiesto un enorme floripon amarillo.

—¿ Qué bonito es, ves ? dijo la niña enseñando la

flor á Enriqueta, en la exaltacion de su alegria.

— Muy bonito, en verdad, dijo Enriqueta ; pero, en dónde has cogido esa maceta ?

— Allí ; habia en ella un pedacito de madera muy feo, pero lo he quitado, respondió la niña con aire de triunfo, señalándolo á sus piés.

Enriqueta se agachó para recogerlo, y cuál no sería su consternacion al descubrir que el feo pedazo de madera que los afilados dedos de Ana habian conseguido arrancar, era un retoño de una planta extranjera muy rara, que últimamente le habia dado una amiga de su madre, un precioso *Linnea borealis* que con tanta alegría habia recibido, cuidado y vigilado con tanta ansiedad y que, al fin, comenzaba á echar raíces.

— ¡ Tonta !... ¡ Estúpida ! ¿ no os he dicho cien veces ?...

La frase que tan mal comenzaba no se terminó.

— No, estoy decidida á no sucumbir desde la primera vez, dijo Enriqueta.

Y no fiando en su fuerza de alma en presencia del pedazo de *Linnea borealis*, que la pobre Ana habia cogido de nuevo para tirarlo más allá, en tanto que ofrecia su floripon á la admiracion de su hermana, Enriqueta corrió lealmente fuera del jardin.

— ¡ Bravo ! dijo Eduardo que habia visto lo que pasara, detras de una puerta acristalada ; pero, que-

rida Enriqueta, no habrias debido huir así; es vergonzoso batir retirada delante del enemigo.

— No, cuando el peligro es superior á nuestras fuerzas, replicó su madre. Enriqueta ha obrado con cordura tocando retirada *en esta ocasion*; en el próximo encuentro estará más aguerrida.

— Pobre victoria es siempre la que se asegura huyendo, dijo Eduardo, y no hay en ello de qué vanagloriarse.

Ahora bien; como le habia costado mucho á Enriqueta lo que hizo y habia necesitado un gran esfuerzo para huir, Eduardo la excitó, su observacion la pareció soberanamente injusta y lo dijo con un tono más elevado de lo que era necesario. Eduardo era un buen chico y amaba entrañablemente á su hermana; pero, tambien tenía sus debilidades, y no resistia siempre al deseo de satirizar.

Propuso, pues, otorgar á Enriqueta una corona como á los vencedores de la antigüedad. Pero ¿de qué se compondria la corona? Estaba incierto sobre la eleccion. ¿De laurel, de perejil, de hojas de roble? No, nada de esto convenia, era muy comun, y habia tal rareza y sublimidad en no encolerizarse contra una niña que no sabía lo que hacía, y con motivo de una mala yerba adornada con un gran nombre latino, que era indispensable una recompensa tan rara como semejante exceso de magnanimidad.

— ¡ Una idea luminosa, excelente ! exclamó Eduardo, dando saltos al rededor del cuarto, será una corona de floripones. ¿ No es cierto que mi idea es prodigiosa ? Y no solo es prodigiosa sino divinamente apropiada á la circunstancia. Además, es un emblema de paz, un símbolo de inocencia que, al mismo tiempo, recuerda la infancia y la primavera... ¡ Cuánto me place mi idea !... Voy á cogerlos al momento y Anita me ayudará, pues la pequeñuela da pruebas de buen gusto. ¡ Idea excelente he tenido !

Pero cambiando de tono, al ver el aspecto mortificado de Enriqueta, añadió :

— No, al contrario, he tenido una mala idea, una idea estúpida. ¿ No es verdad que hablo como un tonto, mamá ?... Enriqueta, ne me cabe duda que debes creer que soy malo ; ¿ estás enfadada contra mí ?

— Sí ; un poco, dijo Enriqueta con candor ; pero, te he hecho cara, y no he huido.

Su madre se sonrió y la tendió una mano.

— ¿ No te habia dicho que la primera prueba te daría aliento ?

Pasaron los días y las semanas y Enriqueta tuvo que sostener más de un combate, hacer cara á más de un encuentro en el que la impaciencia de su lengua y la irritabilidad de su carácter la expusieron á numerosos choques ; pero, si no siempre quedó del todo

victoriosa, tuvo á lo ménos la satisfaccion de ver que su mision se hacía cada vez ménos difícil, á cada motivo de incomodidad que se le presentaba.

Un dia, encontró á su hermano leyendo las *Memo-rias* de Franklin, y cuando llegó al pasaje en que el autor expone el método que empleó para corregirse de sus defectos, lo leyó en alta voz á su hermana, y la preguntó si la gustaria tener una lista semejante, y y si tendria el valor de hacer un punto negro al lado de la palabra *dulzura*, cada vez que se alejase de esta virtud.

Enriqueta respondió que creia tener valor suficiente para hacerlo, pero que no veia la utilidad.

— Bien sabes, Eduardo, que hasta ahora he cumplido bastante bien mi resolucion. Tú mismo dices que no me ensoberbezco ni doy contestaciones bruscas, hoy dia, ni la mitad de lo que hacía hará un mes. Pero, debe ser muy desagrada le ver escrito todo lo que se ha hecho de malo.

— Ya lo creo, y precisamente por eso nos observaremos más. Por mi parte, estoy convencido de que me causaria horror, ver una larga fila de puntos negros cada vez que me sentase á mi escritorio. ¿Sabes lo que debemos hacer, Enriqueta? Quiero curarme de mis hábitos de desórden; he perdido dos reglas y tres lápices en la quincena pasada, porque nunca me acuerdo de poner las cosas en su sitio una vez que

las he empleado. Sin ir más léjos, ayer, si mamá no hubiese entrado felizmente en mi cuarto despues de mi salida para el colegio, la brújula portátil que papá me ha prestado se habria roto. La habia dejado encima de la mesa, al alcance de la mano de William que se disponia á dar un martillazo en el cristal para vez más de cerca « la cosita que se mueve siempre, » segun sus palabras, la aguja imantada. Está resuelto, haré dos listas, una para mí y otra para ti. Yo llevaré la tuya y tu te encargarás de la mia.

Eduardo cogió dos hojas de papel grande y trazó siete líneas perpendiculares que cruzó con horizontales; á la cabeza de cada columna escribió el nombre de un dia de la semana; á la izquierda de la columna escribió la palabra ORDEN en su propia lista, y DULZURA en la de su hermana.

Cada vez que Eduardo dejase sin arreglar sus libros ó sus lápices despues de haberlos usado, Enriqueta debia marcar un mal punto en la línea ORDEN; y cuando Enriqueta cediese á la cólera con motivo de las insignificantes diferencias de gusto ó de opinion, que necesariamente deben manifestarse entre dos ó tres personas que viven juntas, Eduardo debia señalar un punto negro en la línea DULZURA.

Cuando las listas estuvieron preparadas, Eduardo las llevó á su padre y á su madre y les explicó su

plano. Los dos se sonrieron y el padre respondió que, sin duda alguna, aquel método sería muy útil para Eduardo y Enriqueta, hasta que hubiesen adquirido, el uno, las costumbres de orden, tan necesarias en el hombre, pues pueden acarrear hasta la ruina; la otra, más afabilidad y benevolencia.

Pero, obtenida la reforma, aconsejó que las listas se dejaran de lado, temiendo que se acostumbraesen á censurar y espiar mutuamente sus defectos; además, porque, á medida que creciesen debían ejercer sobre sí mismos un imperio duradero, sin tener que recurrir á un medio ficticio.

— Si, al fin del mes, puedes enseñarme una página en blanco, Eduardo, una página de una semana, añadió el padre, te daré las *Maravillas de la Ciencia*, el hermoso libro que tantas veces me has pedido y que no he querido prestarte nunca, á causa de tu poco esmero.

No habían pasado los diez primeros días del mes, que Eduardo y Enriqueta tuvieron veinte veces la tentación de abandonar sus listas, sin esperanza de obtener nada.

Los puntos negros se aumentaban con una fecundidad extraordinaria.

La segunda semana pasó sin que hubiese falta en la hoja de Enriqueta y la de Eduardo no tenía más que tres.

Era un miércoles, á unahora avanzada de la mañana ; se elevó una pequeña disputa con motivo de un globo terráqueo que Eduardo habia olvidado llevar



al gabinete de estudio de su padre. Eduardo pretendia que no debia contar, que no era un descuido pues tenia intencion de consultarlo aquel mismo dia, despues de comer, y por consiguiente no valia la

pena de pasar el día llevando y trayendo el globo.

Pero, Enriqueta respondió que tan fácil era ir á buscarlo al gabinete de estudio de su padre como dejarlo encima de la mesa, donde los niños podían tocarlo.

— Y aún creo, añadió, que uno de los pequeñuelos lo ha hecho ya, pues veo un enorme rasguño al través de la isla de Juan Fernandez, y casi estoy segura de que no estaba ántes.

— Harías bien de tener una completa seguridad ántes de acusar á los otros, dijo Eduardo ; yo creo que el rasguño ha estado siempre ahí.

— ¡ Siempre ! ¡ Ay ! Eduardo, ¿ cómo puedes decir semejante tontuna ?... Pero, la que habla tontamente soy yo, añadió Enriqueta, recordando de pronto sus resoluciones. Tengo un mal punto. ¡ Qué lástima ! Yo, que esperaba tener hoy una página en blanco.

— Y yo también merezco un punto negro, exclamó Eduardo ; sólo para disculparme he dicho que tenía necesidad del globo despues de comer ; pensaba llevarlo á su sitio, y la verdad es que se me ha olvidado.

La última semana del mes fué un triunfo para los dos. Todo el mundo estuvo unánime en declarar que Enriqueta no habia proferido una palabra de impaciencia, aunque William y Ana hubiesen deramado dos veces su vaso de agua miéntras estaba pin-

tando á la aguada, y vaciado á veces su caja de labor para buscar algun ovillo sin hilo. La casa no estaba desarreglada como ántes, cuando, al momento de partir para la escuela, Eduardo notaba que sus libros, sus reglas, su compás ó sus guantes no estaban en su lugar. Á fuerza de voluntad y sobre todo de perseverancia, habia aprendido á practicar el precepto de órden, tan útil como sencillo, y que puede resumirse en estas pocas palabras:

« Un sitio para cada cosa, y cada cosa en su sitio. »

— Veo en tu rostro que tenemos una página en blanco esta semana, Eduardo, dijo su padre, cuando el jóven entró en su habitacion el último dia del mes. Lo esperaba, pues he observado tus progresos. Hé aquí el libro que te he prometido.

Eduardo dió las gracias á su padre, tomó el libro, admiró sus hermosas estampas, y se calló, con el aire del que tiene otra cosa que decir.

— Y bien, ¿ qué ocurre, hijo mio? ¿ Qué te sucede y que tienes que decir? preguntó su padre que seguia con la vista sus movimientos.

— Quería decir que, si me lo permitieseis, papá, me agradaría regalar este libro á Enriqueta. Si he aprendido á ser más arreglado, á ella lo debo en gran parte. ¡ Cuántas cosas habria olvidado si no me hubiese hecho pensar en ello! Y ademas, papá, es más difícil, mucho más, el velar sobre sí todos los dias, á

todas horas, y poner trabas á un carácter irritable, que no corregir hábitos de desórden.

— Soy de ese mismo parecer, Eduardo, respondió su padre; vé á ver á tu madre que está arriba y habla de eso con ella.



Eduardo subió con rapidez las escaleras y encontró á su madre ocupada en arreglar unas plantas magníficas en una lindísima jardinera.

— ¡ Oh ! es para Enriqueta, no me cabe duda... ¡ gracias, mamá ! exclamó Eduardo. Voy á buscarla al momento. ¿ Queréis, mamá ?

Y sin esperar una contestacion, bajó los escalones de cuatro en cuatro.

No creemos necesario describir la alegría de Enriqueta al recibir el regalo de su buena madre, pues no hay uno de nuestros lectores que no conozca por experiencia el placer que procura una recompensa bien ganada. ¿Quién no siente que la mayor alegría es la aprobacion de los que se afligen de tener que castigar son felices de premiar?

LA FIDELIDAD

Un dia, el pobre jóven no pudo levantarse más. Hacía dos meses que luchaba contra la más espantosa miseria ; comia un pedazo de pan que, en las altas horas de la noche, se atrevia á pedir en alguna taberna cuyo dueño le parecia compasivo. Pero, este pan, por pequeño que fuese. no lo comia sólo ; lo dividia con un gran perro de Terranova, de una enorme cabeza, una piel soberbia, unos ojos claros y dulces, que estaba tan flaco como su amo. Era un poeta, un hombre que hace versos, y no sabéis, hijos mios, cuántas privaciones. cuántos sufrimientos siembran la empinada senda de la poesía.

Cuando el jóven volvía de recorrer París, con sus versos debajo del brazo, en busca de un librero para venderlos, las lágrimas le preñaban los ojos ; y á nadie hallaba, sino es á su perro, á su buen Leal que le salia á recibir meneando el rabo, con los movimientos tardos de un animal extenuado, pero sin dejarlo ver para no afligir más á su amo á quien lamia cara y manos con infinita dulzura. Era para su perro el

mundo entero, y Leal para con él, su único amigo.

A fuerza de correr y no comer, escribir mucho y dormir poco, el jóven enfermó, y aquel dia, como decimos, no pudo levantarse más. El perro no hizo caso al pronto, creyendo que su dueño dormía, pero, cuando pasó la mitad de la mañana sin que le viese levantarse, comenzó él por fijar sus ojos sobre su amo. Le vió la cara pálida, los ojos medio entreabiertos, el cuerpo inmóvil. De un salto, Leal subió al camastro de su dueño y notando su frialdad, se echó encima de él, aplicando su hocico á sus labios y soplando con fuerza como pudiese haberlo hecho un médico famoso.

No tardó el calor en hacer volver en sí al jóven. Abrió los ojos y pasó una mano por la cabeza de Leal en señal de agradecimiento. Leal se bajó, miró el amo como diciéndole : « Ahora vuelvo, ¡ ten paciencia ! » Fué á la puerta que abrió tirando del picaporte con su pataza, bajó las escaleras y entró en el almacén de la esquina donde habia un librero de viejo que conocia á su amo de vista.

— ¡ Hola, Leal ! ¿ Cómo estás solo ?

El perro, contestó tirando al hombre por la blusa, y tanto insistió que el hombre le siguió : le llevó á una panadería, señaló un pan con el hocico, y el hombre lo pagó ; luego fué el turno de un vendedor de carne asada y en fin el de un tabernero. Dos minutos despues, Leal presentaba á su amo el librero cargado con sus provisiones. Comió el jóven, se

animó, contó lo que le pasaba y el librero refirió lo que Leal había hecho.

Después, mientras Leal roía los huesos de la ternera que le echara su amo, viéndolo salvado, el librero suplicó al joven le enseñara algunas composiciones suyas ; y tan luego las hubo visto y examinado, dijo :

— Sois un gran poeta ; gracias á Leal, seréis también un poeta conocido. ¿ Queréis confiarme estos papeles ?

— Con mucho gusto, pero hasta esta noche.

El hombre salió y no volvió, ni aquella noche, ni al otro día. Sólo vino diariamente una vieja que dió al joven 100 francos y le dijo que « todo iba bien. » Así pasó un mes, y ya daba el joven por perdidas sus poesías, cuando una mañana, al abrir los ojos, se halló en la cama un libro que él no había puesto y que Leal había traído en la boca. Le abre y, ¡ oh ! dulce sorpresa ! eran sus versos impresos, y en la primera hoja un billete de 1000 francos.

Aquel día fué de júbilo para el joven, que desde entonces ha ido creciendo y es hoy una celebridad, gracias á Leal, pues, sin su perro, el día que no pudo levantarse se habría muerto de hambre en su desvan.

En cuanto á Leal, duerme en alfombras hoy, está tan rollizo como ántes estuvo flaco.

¡ No hay buena acción que se pierda, ni favor que no se premie !

ÍNDICE

	áginas.
FLORENCIA.	7
I. Las Rosas.	7
II. Los Encuentros.	15
III. La Plegaria.	18
IV. La Noche.	24
V. El Viaje.	27
VI. La Tempestad.	36
VII. La vuelta. <i>+</i>	42
LAS PRUEBAS DE ENRIQUETA.	46
LA FIDELIDAD.	84

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

